

Documento de Trabajo N° 75

**Factores relacionados a una renovada
Modernidad en América Latina**

Luis Caputo

Área de Estado y Sociedad
BASE Investigaciones Sociales
Asunción, Paraguay
Noviembre, 1995



investigaciones sociales

Ayolas 807 esq. Humaitá - Casilla de Correo 2917 - Asunción, Paraguay
Tel: (595 21) 451 217 - Fax: (595 21) 498 306 - baseis@baseis.org.py

Contenido

1.	Una aproximación a la modernidad.....	3
2.	Obstáculos y alternativas en la promoción de la modernidad.....	5
3.	Observaciones finales.....	10

1. Una aproximación a la modernidad

Está América Latina efectivamente inmersa actualmente en la modernidad, o ha entrado a la postmodernidad?. Hay innumerables evidencias para opinar que está atrasada.

Quizá pueda ser fácil responder en forma definitiva desde una posición ideológica, pero se estima que en este caso ese no es el camino. Tampoco se trata de hacer una crítica a la modernidad, ya que en la misma noción de “modernidad” connota juicios de valores, positivos para muchos y negativos para otros.

Con este modesto trabajo se pretende hacer un acercamiento a la confusa y empantanada realidad para extraer, más no sea momentáneamente, algunas orientaciones para la acción académica y práctica a futuro. Concretamente, visualizar alguna claves para comprender la modernidad, en la perspectiva de construir, en las sociedades latinoamericanas y de modo particular en Paraguay, modos de vida modernamente democráticos y sustentablemente desarrollados.

A pesar de que no se realizará una investigación histórica, se abordará el problema tratando de seguir la humildad de Isaiah Berlín (1982), cuando advierte que nadie tiene la perspectiva única y privilegiada de la historia, y a su vez, intentando al menos no desarrollar explicaciones o argumentaciones de modo romántico a trágico.

Antes de discutir la pregunta introductoria es necesario aproximarse a la misma modernidad, a sus orígenes. Efectivamente, antes de encontrar respuestas tentativas, parece útil echar una somera mirada al pasado con el ánimo de explorar y captar las fuentes generadoras de la modernidad; prestando especial atención a sus factores históricos, estructurales y culturales.

Sociológicamente, su noción está muy ligada a los cambios y proceso culturales agregados, cambios éstos en los modos de vida, es decir “en lo cultural”, que produjo y sigue produciendo la **modernización**, en tanto, en su generalidad, la modernización denota las mutaciones en la estructura productiva mundial (modernización económica, productiva, tecnológica) impulsada por el capitalismo. Por supuesto, entre modernización y modernidad existe una permanente interacción, una se nutre y determina a la otra, aunque no necesariamente de manera circular.

En primer lugar, en el campo del pensamiento, la modernidad tiene sus tímidos antecedentes hacia el siglo XIII. Aunque de modo más preciso, forma parte de varios procesos y corrientes de pensamiento racionalistas que se dieron, sobre todo, en los siglos XV al XIX, con el desarrollo de nuevos métodos de pensamiento y, por ende, nuevas teorías (por ejemplo, la del progreso científico y social indefinido).

Ciertamente, es alrededor del siglo XVIII cuando comenzaron a desarrollarse mutaciones a nivel filosófico y científico mediante el surgimiento de la ciencia moderna impactando a su vez muy fuertemente en el terreno político, moral, social, jurídico y

artístico. Las revoluciones científicas, la gran Reforma religiosa, la secularización, los descubrimientos continentales y, por supuesto, la Revolución Francesa, entre otros, representaron los acontecimientos que sentaron las bases de la modernidad. Así pues, los principales “logros” del primer ciclo de las ideas de la modernidad, se resumirían en: la reivindicación del valor de la libertad política y religiosa; la incorporación de los nuevos derechos civiles y los derechos humanos frente al Estado. En el plano político crecen los fundamentos de la cultura democrática moderna: la emancipación nacional, el estado de derecho y el pluralismo. Simultáneamente, tal desarrollo de la modernidad implicó, entre otras cosas, la ampliación de las posibilidades de educación pública, una nueva temporalidad, la movilización de la racionalidad y la subjetividad.

Se podrá estar de acuerdo o no con hechos y consecuencias, por ejemplo, con el tipo de democracia que trae la Revolución Francesa, pero de hecho, significó un enorme avance en el plano cívico-político.

Un segundo grupo de antecedentes de la modernidad es, por supuesto, “la modernización”. Por cierto, el ámbito productivo-comercial fue profundamente afectado por la revolución industrial (a la cual América Latina alimentó con sus materias primas), comercial y tecnológica. Evidentemente, aquí también la técnica, la industria, las comunicaciones y el comercio aportaron beneficios no sólo a Europa. Debe destacarse también el inusitado desarrollo de la “administración” y del derecho.

Como se dijo, tanto las “nuevas ideas” que alimentaron las estrategias de la modernización productiva, como los procesos productivos y los “productos materiales” de la modernización, tuvieron impacto en el campo del pensamiento y la cultura. Hay mucho por decir con relación a las consecuencias contradictorias de la modernidad¹. Tal es así que en la actualidad se siguen debatiendo los mismos problemas que al principio de la modernidad (los derechos humanos, la propiedad, etc.).

¹ Cabe destacar que entre las principales críticas de la modernidad está la pregunta de “¿no está ciega al reducir la sociedad a un mercado y a no preocuparse por las desigualdades que ella acrecienta ni por la destrucción acelerada su ambiente natural y social?” (**Touraine: 1994**).

2. Obstáculos y alternativas en la promoción de la modernidad

Indudablemente, los saldos de la modernidad son muy dispares en los países subdesarrollados pequeños. Sin embargo, se tratará de no hacer excesiva referencia a los saldos desfavorables, tampoco un balance, sino más bien intentar encontrar algunas claves para su comprensión.

Algunos de los cuestionamientos a la modernidad difundida en la región son expuestas en virtud de su carácter dependiente-periférico y hasta contradictorio; o bien como generada por “la mentalidad de las culturas genéticas” y “testimonio de una secularización incompleta” (Tierno Galván: 1992; 167).

Entre los rasgos “regresivos” o las insuficiencias de la modernidad, figuran: privaciones alimentarias; desempleo masivo y rupturas de “identidades” compartidas en torno a la ética del trabajo; creciente segmentación y pérdida de calidad de la educación formal; vuelta a la privatización de los espacios públicos, ahora de carácter excluyente; nuevos problemas de desintegración social (emigrados, refugiados); sustitución de ciudadanía; violentación de ecosistemas y culturas; inseguridad ciudadana; concentración de la riqueza y poder; y otros. Puede decirse entonces, que antes de modernidad todo lo recientemente expuesto representan “formas de arcaísmo” o, al decir de Brunner (1993), seudo modernidad.

Los problemas de la modernidad bloqueada o incompleta en América Latina, tienen que ver con un tipo de capitalismo imperfecto que en los noventa se imprime (por ejemplo, en el Mercado Común del Sur) a través de programas económicos importados y no como resultado del desarrollo natural de las fuerzas productivas. No es difícil evidenciar que la modernidad imprime, al menos en parte, la orientación de las políticas públicas, los modelos de gestión, los contenidos y objetivos educativos, etc. De esta forma, para la solución de los problemas de los países latinoamericanos se viene alentando la incorporación –aunque condicionada– del nuevo repertorio tecnológico –productivo-cultural de la modernidad de los países desarrollados. De esta manera, políticas económicas, despojando así parte de la identidad y compromiso ético. O modelos de transformaciones educativas que inculcan el sentido de competencia y especialización con vista a objetivos materialistas en detrimento del fortalecimiento humano, social y cultural.

Si bien las propuestas se presentan como atractivas, son a la vez sugerentes por cuanto prometen a cambio de su aceptación un eminente futuro mágico mejor. Es evidente constatar que la misma lógica del espiral iluminista considera la modernidad como constante y progresivamente negándose o, mejor dicho, superándose en un estadio superior, sin embargo, los datos de la realidad señalan que trajo y sigue produciendo desequilibrios y asimetrías, destrucción de personas, culturas y naturaleza. La paradoja de la modernidad radica en que su propia lógica hace que se alimente y, a su vez, se coma a sí misma.

Entrampadas por disyuntivas y discursos las sociedades están hoy perplejas²; de allí entonces la necesidad de la reflexión.

Se sabe y se tiene buena experiencia acumulada pues, hacer de que algunos de los intentos de superar los problemas (por las diversas vías de proyectos políticos desacreditados que nos precedieron: nacionalismos, populismos, desarrollismos, revolucionarios, dictaduras) de la inoperancia de tomar y aplicar ideas y herramientas que corresponden a culturas diferentes³. Hay antecedentes, se ha considerado a lo propio de Latinoamérica como inculto, como residuos y obstáculos a superar, que más allá de lo pintoresco conviene erradicar (por ejemplo, indígenas y mestizos). Todavía se analizan determinados sectores sociales como los segmentos más lerdos a la asimilación de la modernidad, o como los causantes del daño ecológico y atraso económico. O, al modo de los extremistas, considerar a los desocupados, campesinos, pobres estructurales o a los jóvenes en busca del primer empleo, directamente como incapaces de incorporarse a la modernidad o, e el mejor de los casos, considerarlos al modo de los nuevos visos paternalistas (desde el pospaternalismo de los neopopulistas) como menores e incapaces que necesariamente deben tener un defensor. Existen antecedentes de intentos de actualizaciones forzadas, de enfoques verticales del desarrollo. Sólo recordar las consignas de la Conquista, o el dilema de hierro: civilización o barbarie.

Resulta pertinente detenerse en el análisis acerca de cómo se configuran la modernidad, sea en Europa como en el resto de las regiones. Es conveniente para el análisis, tomar en cuenta “las estructuras internas de los países” en donde debe “considerarse tres niveles, separados pero interrelacionados, de causalidad”: “la base productiva militar-industrial”; segundo “los factores geopolíticos, estratégicos y socioculturales” y; tercero los aspectos “políticos”. Es decir, deben considerarse desde los recursos materiales hasta las “creencias, mitos e ilusiones” y “la manera en que todos estos factores se relaciona entre sí” (**P. Kennedy: 1994; 230-327**). Si bien el anterior criterio de análisis se refiere a la modernización de los países europeos, también resulta válido para aplicarlo analíticamente a otras regiones. Esta perspectiva ofrece pistas interesantes de explorar.

Por otra parte, resulta pertinente retomar la cuestión de las fuentes que alimentaron a la modernidad. ¿Proviene ésta únicamente de Occidente?. Definitivamente no. Así como las variables de “continuidad y permanencia” están siempre reconfigurándose y recreándose, o los “elementos mágicos de la tradición subsisten aún en ciertas formas

² Al decir de Alain Touraine (1994): “¿cómo reinventar la vida social y en particular la vida política, cuya descomposición actual en casi todo el mundo es el producto de esa disociación de los instrumentos y el sentido de los medios y los fines?”.

³ Tal es así que, tanto “los valores anticapitalistas han tenido el mismo efecto contra moralista de los mecanismo y estímulos neocapitalistas; ... el discurso antihumanitas, los movimientos contestarios han contribuido, cada uno de manera específica, a precipitar la quiebra de la era moralista de las democracias” (**Lipovetsky: 1994; 51-52**).

políticas” de lo moderno (**Tierno Galván: 1992; 11**), la realidad muestra que la modernidad estuvo inserta y nutrida por el “encuentro” o desencuentros de culturas.

Puede decirse entonces, que es un grave error intentar explicar la modernidad como un fenómeno exclusivamente endógeno europeo; en tanto hubieron desde sus inicios hasta el presente permanentes influencias recíprocas de occidente con América y Oriente⁴. A tal efecto, para interpretar el caso latinoamericano, es dable seguir el concepto de modernidad habermismo, para el cual, la acción comunicativa es asumida como lo público, permitiendo así disponer de perspectivas conceptuales interesantes para el diálogo, con lo que postula una condición política para una comunicación igualitaria⁵. Efectivamente, presenta un valioso aporte dicho punto de vista, pues permite precisar las insuficiencias de la “propia modernidad” y pensar en una eventual “modernidad que se construya a partir del diálogo”; pero no como un toma y daca de poderes, sino como tolerancia abierta a la crítica, al trabajo investigativo y a la recreación de nuevos saberes colectivos.

De esta forma, una cosa es la modernidad endógena de los países desarrollados y otra muy distinta son las modernidades más exógenas que llegan a Latinoamérica. Si bien es cierto que la región ha sufrido un proceso de modernización exógena, el mismo Habermas deja también en claro que ha habido un fenómeno de modernización endógena (industrialización, urbanización, migración) o de “adaptación a nuevos contextos de identidades”. Y son justamente, estos nuevos fenómenos a los que Habermas señala que “están fundados en dinámicas comunicativas”. Significa que personas de muy diferentes orígenes se encuentran ante el desafío de construir nuevos mundos, (nuevas normativas para vivir modernamente y nuevas estrategias para subsistir). En definitiva, existirían distintas modernidades⁶. Es más, si bien hoy se asiste a una globalización de la modernidad, parecería que incide de manera diferencial según región, país, sector o grupo social.

Pero como se dijo no todo es negativo, a modo de ejemplo, desde el mundo de la cooperación hacia los países latinoamericanos la lógica ha ido cambiando. Actualmente, es imposible acceder a una fuente de financiamiento o programa de cooperación técnica internacional por parte de los países impulsores de la modernización, si primeramente, no

4 4

Un buen ejemplo de Habermas: “Brasil, visto desde el punto de vista del sistema social, se desarrolló mucho más en el siglo XIX que el mismo Portugal. Así ocurre igualmente entre América e Inglaterra. Argentina en los años veinte estaba mucho más desarrollada económicamente que España. Pienso que todos estos fenómenos han de verse como una suerte de interacciones que se ponen en evidencia cuando se los mira retrospectivamente”. (Entrevista a **Habermas: 1993; 21**).

⁵ “...en un diálogo intercultural sólo puede darse una efectiva relación comunicativa cuando no hay asimetría. Existe una simetría cuando una cultura puede explicar el comportamiento de la otra en sus propias categorías, pero esta otra no puede explicar el de la primera en las suyas. Ahora bien, lo que yo llamo la concepción moderna del mundo, impone una exigencia al intercambio cultural: impone presunción de que cada cultura puede obtener algo de la otra, puede recoger y aprender algo; no existen superioridades previas”. Entrevista a Habermas (**1993; 21**).

⁶ “Sólo una visión en extremo estrecha de los procesos implicados –visión unidimensional y más encima lineal como a veces se escucha expresar en ciertas teorías de la modernización- ha podido llevar a algunos a pensar que la modernidad tiene sólo una puerta de acceso, un solo camino de tránsito y una única meta de llegada”. (**Brunner: 1993; 107**).

se cumplen algunos requisitos para la implementación de proyectos (sean de desarrollo social o rural, ecológicos, educativos, de salud o reproductivos). En efecto, es extensamente aceptada en el mundo de la cooperación, la necesaria consideración de los valores, opiniones, el saber acumulado colectivo y las estrategias, todo en función de la “organización y autogestión” de los propios beneficiarios. Pues para la misma efectividad es de capital importancia el involucramiento de las poblaciones en el proceso de toma de decisiones, esto es, en la planificación y ejecución de las acciones de manera que todos se vean comprometidos. Hoy son casi inexistentes las agencias u organizaciones internacionales que todavía no se han percatado de lo ineficiente e ineficaz que resulta pretender intervenir y derramar rápidamente modernidad haciendo tabla rasa con las culturas populares (agricultores, indígenas, pobladores urbano- marginales, semianalfabetos, mujeres o jóvenes pobres).

Retomando y tratando de precisar la pregunta inicial: ¿cómo desarrollar un modelo de modernidad que no atente contra la propia identidad latinoamericana?. Así planteada la pregunta, antes que un problema económico, tecnológico, estamos fundamentalmente frente a un problema cultural. La modernidad ha implicado rupturas profundas, alteraciones entre la naturaleza, la cultura e identidades.

De todos modos, sería poco objetivo y honesto negar que el proceso de racionalización científico-técnico no haya traído inmensos beneficios a la humanidad, aunque en los hechos, existen sectores que se benefician muy poco y mal de la modernización y la modernidad.

En lo tocante a la actual coyuntura de la modernidad, hay quines postulan que su actual globalización es la última fase de la modernidad; contrariamente, aquí se estima que cada sociedad, incluso cada grupo humano y hasta cada persona, experimenta su propia modernidad (conciente o inconscientemente). Por consiguiente, para el caso de la región se estaría frente a una nueva fase de la modernidad⁷, quizá decadente, pero que también entraña una energía potencialmente dinamizadora de la realidad latinoamericana. La modernidad está generando nuevas relaciones y tensiones. Por una parte, “homogeneización” que dibuja un contexto deteriorado de las prácticas comunicativas y de pérdida de sentido; o puesto en otros términos, dibuja el mundo “posmoralista de las democracias” “marcada por la **contramoral**”, “el hedonismo liberacionista”, la idea de “felicidad subjetiva”, “el bienestar y los placeres” en donde se reconoce más al “no hacer” (Lipovetsky: 1994; 47).

Pero a la vez van cobrando más fuerza ciertos procesos de “diversificación”. Sin embargo, dichos movimientos emergen como aparentemente contradictorios ya que la globalización intensifica los encuentros / desencuentros culturales. Diversas vetas culturales se funden unas con otras. Así, por ejemplo, por un lado aparecen tendencias de: globalización / descentralización; integración económica / desintegración socio-cultural;

⁷ En este sentido, también “la cultura posmoralista continúa de otra manera al proceso moderno, nunca terminado, de la secularización de la moral”. (Lipovetsky: 1994; 57)

debilitamiento de identidades colectivas e individuales/revitalización de identidades culturales; etc. No es casual en este sentido, que 1995 haya sido declarado año internacional de la tolerancia.

Ahora bien, tanto la vuelta y reconstitución de lo local a lo espiritual, a los idiomas autóctonos (desde la ex-URSS pasando por Gales, los territorios vascos y catalanes, Québec, los chicanos y afro-americanos en EE.UU., hasta los indígenas y campesinos de Latinoamérica), como el reemplazo de la hasta hace poco economía vertical satelizada por una nueva de carácter horizontalizada, también contienen rasgos prometedores de la modernidad.

Precisando, para visualizar la propia modernidad de América Latina, es necesario recrear el modo de pensar latinoamericano tradicional y “pensar” en serio. No se trata de ir hacia la modernidad por la modernidad misma o apostar a transformar todo lo propio sin antes haber reflexionado, participado y decidido un cierto destino personal y colectivo. Véase, seguidamente, qué se quiere decir con todo esto.

3. Observaciones finales

Los principales aspectos a destacar de algunos de los puntos planteados hasta aquí, son los siguientes:

i. Se sabe que para algunos la modernidad arremete en contra de la humanidad, cuestión que no ha sido discutida en estas líneas, ya que se ha partido del supuesto que “es un gravísimo error asignarle a la modernidad una connotación peyorativa” o meramente negativa. Se diría que, más allá de las improntas integradoras de la modernidad, siguiendo a Beatriz Sarlo (1994), todos los grupos sociales están envueltos, imaginaria, efectiva o de otra manera, en la economía y sociedad moderna.

ii. La interrogante acerca de si Latinoamérica tiene personas modernas o atrasadas es falta, tal como otros tantos términos de discusión. En todo caso, existen grupos humanos con más o menos interacción con la modernidad; de aquí que “empieza a no tener demasiado sentido las fórmulas como ‘tradicición y modernismo’”, a ser insuficientes y poco efectivas como “valoraciones estéticas” (**Tierno Galván: 1992; 174-186**).

iii. Es cierto que la modernización capitalista es la única salida?; “deberíamos declarar a todo proyecto de la modernidad como una causa perdida?” (**Foster: 1985; 28**); cuál sería la modernidad tal que signifique una salida decorosa para Latinoamérica?: el capitalismo neoliberal, el neocontractualismo o el neomarxismo son las únicas alternativas posibles de modernización?. Aunque resulta difícil responder, lo que va quedando más claro es que no existe un único paradigma. Quizá una de las potencialidades más ricas de la modernidad es pensarla desde una actitud de humildad que tendría que desarrollarse, en tanto en ella se diluyen los pretenciosos discursos omnicomprensivos y las causas totalizadoras. No obstante, la realidad de las crecientes uniformidades de la modernidad, en su otra faz paradójicamente, “permite una mayor sensibilidad a la diversidad y lo aleatorio”. Esto último es clave. Existen dimensiones éticas importantísimas de la modernidad que habría que recobrar o revitalizar: las ideas de crecimiento personal y participación social, de sociedad civil activa; en donde quizá el elemento principal es la democracia; en fin, una modernidad como búsqueda de nuevas perspectivas y soluciones.

iv. Las ciencias sociales, al menos en la subregión del Cono Sur latinoamericano, todavía no están pudiendo producir conocimientos que tomen seriamente varias vertientes disciplinarias de manera simultánea; máxime en la presente década las ciencias sociales adolecen, lastimosamente, de un sesgo economicista que descarta –quizá sin querer- aspectos culturales, antropológicos e incluso filosóficos de las transformaciones sociales en curso. Es en este sentido que los estudios sociales en países como Paraguay tendrán una cierta estática, o atraso en atender las fuerzas que mueven la sociedad y la naturaleza; puesto que la complejización de la realidad, el despliegue de nuevos fenómenos corren mucho más de prisa que la reflexión. Por dichas razones, resulta impostergable la tarea de formular preguntas aún no plantadas para abordar cuestiones tales como por ejemplo: es algo transitorio el sobrecalentamiento de las identidades, desaparecerán o desembocarán en algo incierto?; el tema-problema de la modernidad de los diversos y

heterogéneos sectores sociales latinoamericanos quienes, al parecer, están postergados de los aspectos positivos de la modernidad. En síntesis, las ciencias sociales latinoamericanas tendrán por delante la enorme tarea de contribuir “identificando” y creando nuevas nociones y conceptos y “entregar insumos” desde las especificidades de Latinoamérica, pero a su vez en la perspectiva de universalizarlos⁸.

v. Finalmente, la cuestión de la necesidad de repensar la modernidad desde la plasticidad de los procesos. Es decir, el rumbo de la modernidad, la superación de las heridas y los problemas, tendrían que tener como cometido la configuración de una modernidad propia. “a partir de nuestra identidad desde lo que somos y desde lo que queremos, siempre y cuando no se retorne a aquello... que se ha destruido y se pretenda caer en una sociedad cerrada...” (**Touraine: 1994**). Por supuesto, utilizando todo lo positivo y conveniente de la modernidad, pero haciendo un reciclaje no sólo tecnológico o económico, sino también a partir de nuestro ethos y los códigos básicos de la modernidad y el universalismo.

En suma, la modernización no es puro occidentalismo; más allá de las contradicciones y de los efectos nocivos de gestión hechos por la modernidad, es necesario no caer en escepticismos, triunfalismos o derrotismos, pues la modernidad ofrece oportunidades. Efectivamente, la modernización podría significar enormes beneficios a las sociedades latinoamericanas, siempre que la actitud de revisión crítica no descalifique lo propio, en donde la modernidad “no antagonice o tensione” con las necesidades, intereses y valores; por el contrario, es conveniente sintetizarlos permanentemente. Así, no obstante la ebullición de los procesos descritos, la modernidad – siguiendo a Hirschman- deja, a las personas y sobre todo a los “actores”, alternativas de acción que van más allá de “refugios” o “reacciones”.

Se coincide con Lipovetsky en la idea acerca que “en el mundo de la incertidumbre y de la complejidad, se necesitan individuos multidimensionales abiertos al cambio y a la comunicación”, esto es, personas polivalentes aptas “para reciclarse, adaptarse e innovar” (Lipovetsky: 1994; 126-127). Existen capacidades inexploradas de la modernidad que deberían ser trabajadas. El sentido es que, independientemente del contexto, la modernidad podría movilizar recursos insospechados, siempre y cuando: i. todas las culturas “respeten”; ii. desarrollen un espíritu plurilógico de intercambio horizontal y; iii. se impulse de este modo la reconstitución de las libertades positivas aplacadas por la interferencia de terceros, es decir, una “transformación de las actuales desigualdades en materia de libertad”¹⁰

⁸ Aunque con cautela ya que “naturalmente, quines analizamos críticamente la tentación holística desde la perspectiva latinoamericana contemporánea, no nos creemos exentos de pecado. ¿No caemos nosotros en el mismo error cuneado pensamos superficialmente que África es otra totalidad homogénea, otro universo cultural sin distintos ni matices?”. (**Montserrat: 1993; 50**)

⁹ Lo cual también significa para aquellas culturas insipientes o efectivamente excesivas de nacionalismos o particularismos “que predice la incomunicabilidad, la inconmensurabilidad de las estructuras culturales” un cambio de actitud, “apertura”. (Montserrat: 1993; 53).

¹⁰ Amartya Sen tomando la distinción de Sir Isaiah Berlin entre las concepciones negativas y positivas de la libertad afirma que “ambos pueden ser completamente interrelacionados e imbricados. Concentrarse solamente en uno u otro de ellos no es solamente insuficiente desde el punto de vista normativo, sino que

Por consiguiente, se aspira a una modernidad no solo cuantitativa (productiva) sino en donde por sobre todo se desenvuelva sus elementos cualitativos. Es decir, que permita a las personas, comunidades, sociedades, tener la posibilidad de “ser sujetos y actores” de sus modernizaciones personales y colectivas.

puede ser socialmente incoherente. La responsabilidad social hacia la libertad individual debe atender al mismo tiempo a las libertades positivas y negativas, así como a sus extendidas interconexiones”. Por ejemplo, “las libertades negativas de las que se benefician los diarios y los partidos de oposición pueden ser poderosos resguardos de las elementales libertades positivas de la población vulnerables” (discurso de **Amartya Sen: 1990**).

Bibliografía

- BERLIN, Sir Isaiah (1982). **El erizo y la zorra**. Barcelona, Muchnik Editores.
- BURY, John (1971). **La idea de progreso**. Madrid, Alianza Editorial.
- BRUNNER, José Joaquín (1993). **América Latina en la encrucijada de la modernidad**. En: Revista Foro N° 20. Santafé de Bogotá.
- FOSTER; Hal; y otros (1985)). **La posmodernidad**. Barcelona, Editorial Kairós.
- HABERMAS, Jurgen (1993). Entrevista de Víctor Méndez. Modernidad, religión, diálogo intercultural. En: **Cuadernos del CLAEH N° 65-66**. Montevideo.
- IRSCHMAN; Albert (1977). **De la economía a la política y más allá**. México, Fondo de Cultura Económica.
- KEMP, Tom. **La revolución industrial en la Europa del siglo XIX**.
- KENNEDY, Paul (1994). **Auge y caída de las grandes potencias**. Barcelona, Plaza y Janes Editores.
- MONSERRAT, Marcelo (1993). Algunas reflexiones sobre el conflicto y la comunicación cultural. En: **Revista Índice para el análisis de nuestro tiempo**. Buenos Aires, DAIIA/CES N° 6.
- LANDES, David. **Progreso tecnológico y revolución industrial**. Marid. Tecnos.
- LIPOVETSKY, Gilles (1994). **El crepúsculo del deber**. Barcelona, Anagrama.
- SARLO, Beatriz (1994). **Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina**. Buenos Aires, Ariel.
- SSEN, Amartya (1990). La libertad individual como cometido social. Conferencia en ocasión de recibir el Premio Internacional Giovanni Agnelli. Turín.
- TIERNO GALVAN, Enrique (1992). **Tradición y modernismo**. Madrid, Editorial Tecnos.
- TOURAINÉ, Alan (1994). Crítica de la modernidad. Buenos Aires, FCE.
- WHITE, Ayuden (1992). **Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX**. México, F.C.E.